

Si se le hablaba de Arista, le hacía ascos como si le ofrecieran acíbar y rejalgar. ¡Jesús, un bellaco, un concusionario, un inmoral! Vaya que lo de doña Melchora, y lo de la hermana de doña Melchora, era asqueroso! Razón tenía Zarco, razón tenían «Las Cosquillas». ¡Había que retirar muy lejos á ese hombre!

Si por acaso se le presentaba un civil, exclamaba que no quería ni licenciadillos ambiciosos, ni agiotistas ladrones, ni políticos enredadores, ni oradores de tres por un cuarto.

Si se le hablaba de Santa Anna, torcía el gesto, y aunque no se atrevía á llevar directamente la contraria á mi don Lázaro, decía que el ilustre vencedor de Tampico y Veracruz tenía lugar aparte, que había de concederle que viniera á su patria á morir tranquilo, pues no tenía perdón que comiera el pan del ostracismo aquel varón insigne; pero que antes era menester un gobierno fuerte y estable, que garantizara á ese hombre contra todos sus enemigos, que los tenía y muy temerosos.

Instaba don Lázaro, se defendía Uraga, y concluían por no entenderse, pues si en principio le agradaba al General aquel movimiento, no le gustaba se mencionara al ilustre vencedor, etc., etc....

Las conferencias duraron varios días, teniendo yo oportuno conocimiento de todo por mi patrono accidental, que escribía diariamente enormes cartas, valiéndose de la

elegantísima bastarda española que había enseñado á este pecador el insigne maestro Ruiz.

Por fin no se llegó á ningún arreglo. Don Lázaro, que creía todos los días coger aquella anguila que se le escurría de entre las manos, acabó por desesperarse, y más cuando recibió de Guadalajara una carta enigmática en que se le decía que no llegara á ningún arreglo, pues las cosas habían cambiado radicalmente.

A principios de Noviembre volvimos á nuestras casas.

La noche que dormimos en Tlaxochimaco, pedí licencia á mi amo improvisado para saludar á mi familia, á quien apenas había dado un abrazo cuando pasé.

Concedióme gustoso la venia que solicitaba; pero tan pronto como avisé á mi padre que don Lázaro quedaba en el mesón de *Nuestro amo*, por él se fué en derechura, comprometiendo con sus instancias al buen señor para que participara de nuestra pobreza, haciendo penitencia á nuestro lado y ocupando una de nuestras modestas camas. Don Lázaro aceptó contento y yo se lo agradecí, tanto más cuanto que por hacernos merced y buena obra, rechazó, según supe, la hospitalidad del mayorazgo mi padrino, que con todas veras ocurrió á convidarlo y á poner la casa á su disposición.

Apenas se hubo rezado el *benedicete* concluída la cena, y apenas habíamos dado gracias á Dios y agua á las manos, tomé el camino de la calle del Puente de Palo,

hacia la cual caía uno de los costados de la casa del mayorazgo. Trini, que sabía mi presencia en el pueblo por la noticia que le había dado mi hermana Toribia, debía salir á las nueve en punto á la altísima ventana con poyo de piedra, reja gruesa de hierro y mascarones esculpidos, de una troje entonces desocupada de grano.

Aguardaba reclinado en un arbolillo cacoquimio, envuelto en mi pañosa, cuando me puso alerta un silbido, luego oí otros dos que se correspondían y al fin vi aparecer á un hombre alto, fornido, bien hecho, vistiendo traje charro y con el jarano echado hasta los ojos. Lo seguían hasta tres caporales que como signo de su ejercicio llevaban en la mano reatas que presumo serían de siete hilos y de Chavinda por su grosor.

— Aquí está, amo, dijo uno de ellos. ¿Lo amarramos *pa* que no se ande rodeando?

— Déjalo, Cristóbal, replicó otro, que quizás la ardilla que busca no esté en esta cerca.

— Si por la pinta lo conozco, Agapito; es el buenecito hijo de señor don Andrés, el escribano.

— *Pos* entonces á echarle garra, exclamó el tercero.

Pero el que hacía de jefe de aquellos hombres avanzó hasta mí, y tratando de quitarme el embozo, me dijo secamente:

— Dí quién eres y qué buscas aquí, ó tendrás que habértelas con nosotros.

Me di el jondeón para atrás y desembozándome le dije:

— Quien soy, tú bien lo sabes, puesto que vienes con tu *cuadrilla* tras de mí; pero lo que busque, á ti no te interesa, Buenaventura Ortiz, á quien no temo porque conozco desde hace tantos años. Si venías á meterme miedo con tu gente, despáchala, pues ya ves que no me intimida; si traías otra cosa, dímela, que hombres somos los dos para bebernos el alma sin necesidad de testigos.

— Así me gusta verte, Juan Pérez, respondió el mancebo, y ya que te figuras á qué vengo, sácate para lo solo, que allí nos explicaremos.

Y diciendo y haciendo nos encaminamos para un callejón lóbrego en que no se veían vestigios de persona nacida.

— ¿De manera, me dijo furioso cuando empezamos á hablar, que tú no escarmientas y todavía te andas rodeando por aquí como si tuvieras algún pendiente? Si crees que porfiando acabarás por matar venado, te equivocas: Trini no te quiere ni te ha querido nunca, y estás perdiendo tu tiempo cortejándola. Sábetete que yo soy el novio que la destinan en su casa, y que si la boda no se ha hecho, es sólo por la enfermedad de mi señor padre.

— El uso que yo haga de mi tiempo, le repliqué en el mismo tono, debe tenerte sin cuidado. En cuanto á que á ti te prefieran los padres, eso podrá servirte para cuando trates de casarte con don Crescencio ó con doña María

Antonia; yo, que no quiero nada con nadie sino con la muchacha, con ella me entiendo, y bien sé si me quiere ó me aborrece.

— ¡Con qué poco respeto hablas ahora de esos generosos señores! exclamó Buenaventura. Mientras te estuvieron matando el hambre, *tinguili línquili*; ahora que te echaron de su casa como á un perro ladrón, los ves con desprecio y hasta haces burlita de ellos.

— Creo, contesté, que no hemos venido aquí para saber si mi gratitud es poca ó mucha, pues no te reconozco títulos ni poderes para echarme en cara mis faltas. Acaba, que tengo que hacer pendiente á las nueve.

— ¡Qué desvergonzado eres! repuso. Todavía te las echarás de que Trini te hace caso y habla contigo. Mientes tan descaradamente, que si llegara á convencerme de que ella te correspondía, le daba de mano desde luego, y te concedía la razón.

— Pues en ti está hacer la prueba, le dije.

Y sin hablar palabra nos encaminamos hasta la ventana. Buenaventura permanecía á distancia, metido dentro del marco de una puerta; yo á la orilla de la banqueta rudimentaria, los dos callados y fumando sendos cigarros, de los cuales apenas se distinguía en la obscuridad el clavo enrojecido.

Pasado un corto rato chirriaron los goznes enmohecidos, se abrió la madera, y vi aparecer á Trini que me dijo:

— Un momentito nada más, porque ya saben mis padrecitos que estás aquí, y me cuidan. Donde te descubrieran, hasta el convento de Santa Mónica iba á dar, y entonces...

— Entonces, contesté, te robaría á media noche, saltaría las tapias y te llevaría en un robusto alazán hasta donde no hubiera papás regañones, ni mamás celosas, ni parientes chismosos.

— Pero dime, Juanillo, por Dios, ¿cuándo sentarás cabeza y dejarás de decir tonterías? ¡Qué robar ni qué niño muerto! Si algún mérito alcanzamos habrá de ser el de la paciencia; si hacemos lo que queremos, ha de ser por los caminos regulares y ordinarios. ¿Qué hablas allí de alazanes, ni de saltar tapias, ni de violar conventos? Suponiendo que las autoridades te dejaran hacer todas esas cosas, que te colocarían en el número de los *descomulgados*, yo no te seguiría, ni huiría contigo, ni estaría de tu parte. A la hora que te viera haciendo esas atrocidades, te mandaría á paseo para no volver á acordarme de ti.

— Perdóname, le dije, esa exaltación mía; pero me desesperan tanto estas cosas, que quisiera acabar con ellas en un momento.

— Pues no hay que acabar con nada, porque todo lo que es injusto, malo ó sin razón, se cae solito, sin que uno tenga que poner más que resistencia pasiva. Acuérdate de lo que dice el Kempis que vale la paciencia.

— Entoncés no acaba eso nunca ó no hay trazas de que acabe. Para de aquí á que mi padrino se convenza de que nosotros tenemos razón, ha de llover un poco.

— Y los caminos ocultos del Señor ¿no los tomas en cuenta? O el Sagrado Corazón le ablanda el suyo, pues se lo he pedido de todas veras, ó tú llegarás á valer mucho, ó vendrá cualquier cosa que nosotros ni esperamos.

— ¿Sabes que quisiera verte?, le dije: oír tu voz me encanta, pero también quisiera ver tu carita, y tus ojitos, y tu boca linda. ¿Sabes que me asaltaron los mozos de Buenaventura, el de don Pánfilo, Ortiz, y que el ricacho no quería creer que yo hablaba contigo?

— No me lo digas, que ya me tiene hasta aquí de tanto molerme. La pobre de mi mamacita lo hace por mi bien; pero me da unas jaquecas que ni te cuente. Se le ha puesto como sombrero que debo casarme con Venturita; y no hay día ni noche que no me salga con la obediencia á los padres, y el amor á los padres, y el respeto á los padres, contándome cien mil ejemplos que toma de *La familia regulada* ó de *Los gritos del infierno*.

— ¿Y tú qué le respondes?

— Nada; la oigo, pero me quedo callada como difunta. Ni le falto al respeto discutiendo con ella, ni quebranto tampoco mis propósitos otorgando á lo que ella me dice.

Algo más hablamos, convinimos en detalles acerca de

la manera de escribirnos y nos despedimos hasta que la suerte quisiera volvernó á juntar.

Ya me había olvidado del rival; pero él se encargó de recordarme su presencia tosiendo cuando yo me separaba de la reja. Estaba el hombre como volado, como ebrio, como loco. Se me aproximó andando á grandes pasos, y me dijo con voz ronca:

— No me habías engañado y te felicito por eso; la chica vale la pena: como guapa es guapa, y además tiene su dinerito. Conque, buena suerte. Y sin esperar á que le contestara, echó á andar. De repente se volvió como arrepentido:

— Has sido más dichoso que yo, según parece; pero debes creer que no te durará mucho el gusto. Yo he de acabar por salirme con la mía, quiéraslo ó no. Hoy me ganaste, hoy me humillaste; pero quién sabe si más tarde tú seas el triste y el desairado. Puedes creerme que estas cosas no te las perdono ni después de este destierro... Y ahora, vete, porque mis vaqueros pueden salir y darte una *zacateada* como para ti solo.

Dejé caminar á aquel furioso, de cuyas palabras no hice caso. Cuando sentía gorjear ruiñes en el alma, no era cosa de llenarla de alimañas que me la envenenaran. Y luego, que tenía razón Ventura: en su pellejo, quizás habría hecho y dicho peores atrocidades y anunciado catástrofes mayores.



Me marché pasito á paso para mi casa, y al día siguiente salimos por la diligencia.

A principios de Noviembre, que nos apeamos en nuestras casas, nos encontramos con una gran novedad. Reunidos algunos capitulares, unos cuantos comerciantes y otras personas de arraigo, de las que Santa Anna solicitaba con tanto ahinco,

habían resellado en el Hospicio el plan que mis pecadoras manos habían escrito, á fin de dejarlo presentable y no como emanación de los caletres de unos cuantos pretorianos caprichosos y serviles.

Don Juan no comía ni dormía; su correspondencia era siempre más activa, ocupándose aquí de comprar á un jefe, más allá de sobornar á un regimiento, en esotra parte de dejar propicio á un general, ó de contentar á un obispo ó á un capitalista.

Mucho dinero corrió entonces proporcionado por quien yo me sé, pero poco se avanzaba en realidad. Los mili-

tronches aquellos, sucesores dignísimos de los bribones que habían desempeñado tan feo papel en tiempo de la invasión americana, se rehusaban á hacer nada que no fuera *aredato*, y cuando habían cogido los monises se cuidaban muy bien de pronunciarse claramente; no eran ellos seguramente quienes habían de correr el más mínimo riesgo, sin saber que á la vuelta estaba quien los recompensara.

Don Antonio Haro regó mucha plata entre los jefes; pero si te vi no me acuerdo: la cogían, la embolsaban y *pax Christi*. Bribón de aquellos hubo que se pronunciara tres ó cuatro veces con su gente, sin perjuicio de despronunciarse sin ella otras tantas.

Por casa andaban las cosas á pedir de boca; desde el 13 de Octubre, el General Yáñez había llamado á mi dueño á servir la Secretaría del Gobierno, y por consecuencia no estaban muy distantes en cumplirse mis sueños de engrandecimiento.

Una covachuela, un puestecillo de escribiente, quizás de oficial, me venían de perilla, y ya me preparaba á pedirlos cuando supe que mi reino no era de ese mundo, es decir, que continuaba Suárez en su eterno papel de conspirador y yo en el de auxiliar y confidente.

Volvió, pues, lo de trabajar hasta las tantas de la noche, esperar horas y horas la salida de este ó aquel personaje, marchar por calles y plazas siguiendo el bulto

entrevisto al salir de una alcaicería, y otras tareas así. En cambio aumentó mi soldada, pues de quince pesos subió á cincuenta, que se me pagaban con cargo á no sé qué partida de no sé qué presupuesto.



CAPITULO VIII

Armas y letras, batallas y diplomacia

PERO nuestro placer no era completo: desde hacía dos meses teníamos en el Puente de San Antonio, á seis ó siete leguas de la capital, una división de las tres armas que el gobierno mandaba para combatir la plaza.

Un día y otro día se anunciaba que iba á tomar el mando Miñón, que exprofeso venía desde Tehuantepec; pero ni Miñón llegaba, ni el ataque se emprendía, ni el aspecto bélico que Guadalajara había revestido desaparecía un punto. Por donde quiera fosos, fortines de madera, calles interrumpidas y retenes y soldados con aspecto de perdonavidas.

Por fin, el 24 de Diciembre se avistaron exploradores,